



Este proyecto nace del viaje emprendido por la Asociación Entrepueblos en 2012 para explorar el camino que en los feminismos –y ahora también en los ecologismos– resumimos como «poner la vida en el centro» o «el buen vivir». Porque la ciudad somos nosotras, nosotres, nosotros. Porque la comunidad y la pertenencia compartida es lo que crea el concepto de ciudad. Apropiémonos de ella, transformémosla, revisémosla y exijamos lo que consideremos.

Desde la Asociación Entrepueblos queremos agradecer a todas las personas, colectivos, entidades, movimientos sociales que han sido parte de este recorrido, del pensar, reflexionar y construir juntas.



# NO ME TENSES CAPITAL QUE NO ME DA LA VIDA

*Ciudades vivibles y  
feministas*

**NO ME TENSES, CAPITAL,  
QUE NO ME DA LA VIDA**

*Ciudades vivibles y  
feministas*



El problema es que todos nos hemos dejado convertir, en parte del relato del asesino, y así puede que terminemos junto con él. Es por eso, que con cierto sentimiento de urgencia busco la naturaleza, el sujeto, las palabras del otro relato, la historia no contada, la historia de la vida.  
Ursula K. Le Guin, *La teoría de la bolsa de la ficción*

## ¿Qué es el conflicto capital-vida?

Con la progresiva expansión cultural y económica del capitalismo, lo que llamamos cadenas de explotación se han ampliado, complejizado y extendido. La extracción, circulación, producción y consumo de recursos es un hecho global. Por ejemplo, compramos productos que vienen del otro lado del planeta en la pequeña tienda de la esquina, y esta compite con gigantes internacionales de la venta en línea. Se extraen minerales en África destinados a aparatos tecnológicos que se diseñan en Europa, EE. UU. o China, se fabrican en Asia, se venden en todo el mundo y, cuando los tiramos, estos residuos se depositan en África.

En la mayor parte de sociedades, el centro que organiza economías, política, cultura y nuestras vidas es la búsqueda y acumulación de capital, es decir, de recursos. La mayor parte de nuestras actividades se dedican a sostener esa acumulación y no a aquello

que necesitamos para vivir (conseguir alimentos, ropa para abrigarnos o un techo; cuidar la salud, criar o reproducirnos...).

Así, cuando un hogar se mide en términos económicos, no se tiene en cuenta su utilidad, sino su valor cuantitativo a la hora de intercambiarlo en el mercado. Es decir, su valor no reside en la importancia de tener una vivienda, sino en la acumulación por sí misma: en la posibilidad de obtener más bienes, más patrimonio y más consumo.

Cuando hablamos del conflicto capital-vida nos referimos a la voracidad capitalista sobre los territorios, a la acumulación producida a costa de la desposesión de comunidades enteras o del exterminio (económico, social, natural, simbólico) que se agrava por los límites físicos del planeta.

La privatización de recursos públicos, la mercantilización de todas las dimensiones de la vida, la financierización de la economía, el endeudamiento privado y público, y, además, la depredación ambiental, condenan a la precariedad y al desplazamiento forzado de amplios sectores de la población. Las disputas por la apropiación de territorios y recursos marcan la vida de ciudades y pueblos. Estos se ven asediados por diversas formas de saqueo y violencia, amparadas en muchos casos por el Estado y sus políticas extractivistas.

Pensemos, por ejemplo, en el cultivo de aguacate, en enormes extensiones del hemisferio sur para exportarlo al norte global. El aguacate, nuevo alimento saludable de moda, sustituye los cultivos diversificados que requieren las poblaciones para vivir. O, por ejemplo, en el consumo masivo de ropa barata y de mala calidad, que se rompe fácil y muy rápido y, además, se produce en el sudeste asiático, Marruecos o Centroamérica, con mano de obra explotada, y que contamina el entorno.

## La crisis de los cuidados

Hay otro aspecto central en el conflicto capital-vida. La incorporación masiva de las mujeres al mercado de trabajo provocó la ruptura de un modelo de organización familiar basado en la di-

visión de tareas entre mujeres y hombres, la llamada división sexual del trabajo. En los países del norte, esta incorporación de las mujeres sucede sin que se produzcan ni un reparto de las tareas domésticas y de cuidados en el seno de los hogares, ni respuestas institucionales para atenderlos. Esto genera lo que el feminismo llama crisis de los cuidados.

De esta forma, surge la necesidad de transferir el trabajo doméstico, contratando a trabajadoras que se hagan cargo de ello, generalmente mujeres migrantes. Para explicar este fenómeno, Saskia Sassen habla de la “feminización de la supervivencia”. Esta alude a la creciente dependencia del trabajo de las mujeres, tanto por parte de sus familias y comunidades de origen y destino, con el envío de remesas, como por parte de los Estados, que delegan en ellas las funciones de cuidado.

Las mujeres del sur global dejan sus casas y familias para responder a esta demanda, pero se ven obligadas a delegar su trabajo doméstico y de cuidados en otras mujeres. Este fenómeno se conoce como cadenas globales de cuidados.





## ¿Cómo abordamos este conflicto?

Los cambios necesarios para hacer sostenible la vida humana son de tal envergadura, que requieren otra forma de mirar y estar en el mundo; otra forma de producir, consumir y relacionarnos. Requiere fortalecer procesos que ya están en marcha, en miles de pequeñas iniciativas.

La antropóloga Anna Tsing afirma que “necesitamos un cambio radical de perspectiva. Tenemos que cultivar un nuevo tipo de agudeza, una nueva sensibilidad y, sobre todo, aprender a encontrar aliados en lugares inesperados, donde nunca se nos habría ocurrido mirar. Las plantas, los animales y los microorganismos son aliados potenciales”.

Tenemos que avanzar en el desarrollo de una nueva economía ecológica que permita producir lo necesario, con la menor cantidad de energía, el menor consumo de agua y la menor contaminación posible. Para que las tramas de la vida se revitalicen hay que articular los saberes ambientales y ecológicos con las perspectivas feministas del cuidado.

## La vida en el centro

El desarrollo de nuestras vidas, al menos en gran parte de las sociedades del mundo, está sometido a una tensión continua, eso que llamamos conflicto capital-vida. Sin embargo, eso no es así en todos los lugares y grupos humanos.

Un ejemplo de resistencia ante la presión externa son las luchas de los pueblos originarios, centradas en la defensa de los derechos territoriales. Por territorio entendemos su modo de vida, su cultura y relación con la naturaleza; el lugar donde se construyen los mitos y ritos que dan sustento a sus prácticas y sistemas de creencias cotidianas; los ríos, los manantiales, los árboles, la tierra. Son culturas que no conciben la naturaleza de manera fragmentada, sino que esta crea y forma parte de la identidad cultural de las comunidades.

En la primera década del siglo XXI, a partir de la crítica al paradigma del desarrollo, surge, desde perspectivas comunitarias del mundo indígena, un concepto alternativo. Se denomina de diversas formas: el *sumak kawsay* (en kichwa), *suma qamaña* (en aimara), *ñandereco* (vida armoniosa, en guaraní) o el *qhapaq ñan* (camino o vida noble, en quechua). Todas ellas podrían traducirse como “buen vivir” o “vivir bien”.

Esas concepciones y prácticas comunitarias alimentan las esperanzas. Son prácticas y experiencias colectivas que, como explican Karin Gabbert y Miriam Lang, “sostienen la vida en múltiples sentidos en contra de los modelos de desarrollo capitalistas y patriarcales que la destruyen”. Y añaden: “Los instrumentos políticos y cognitivos que heredamos de siglos pasados para pensar la transformación social demuestran ser insuficientes a la luz de los desafíos que enfrentamos”.

Los Municipios Autónomos Rebeldes Zapatistas y las Juntas de Buen Gobierno son una organización autónoma de gobierno colectivo que sirve de ejemplo en la búsqueda de otras formas de organización política. “El movimiento zapatista ha logrado sostener, territorial y políticamente, una de las experiencias autónomas más integrales en términos económicos, políticos, jurídicos y culturales”, afirma Pilar Calveiro. Su proyecto se ha construido al margen del Estado y en disputa con él.

En definitiva, hay comunidades que consiguen mantener otros ritmos vitales, otra gestión del tiempo y de sus actividades, menos acelerados y productivistas, más contemplativos, más cooperativos, colectivos o relacionales. Quizás, simplemente, consiguen que, en ese conflicto, pese más la vida que el capital. Algunas están sometidas a una gran presión externa, con el conflicto llamando a sus puertas.

Quizás viven cultivando la tierra para alimentarse y comerciar, trabajan a cambio de dinero unas horas al día. Quizás mantienen relaciones con vecinas, con amistades, leen un cuento al sol o toman el fresco al atardecer en la puerta de casa. O puede que hayan escogido un trabajo a media jornada y vivir lejos de la metrópoli para ganar menos, pero también pagar menos. Quizás comparten compras al por mayor, reutilizan ropa o se la fabrican, hacen turnos para criar y conciliar horarios. Puede que no tengan coche, apenas usen el móvil, y vivan a un ritmo impensable en las ciudades occidentalizadas. Puede que habiten en los márgenes del sistema, y eso les permita escaparse por algunas de sus rendijas.

Pero, también, es muy probable que formemos parte de los millones de personas a las que el río de la vida o, mejor dicho, del capital, arrastra y ahoga. ¿Cómo vivimos el conflicto capital-vida, la mayoría de las personas y sociedades? Pensemos en cómo desarrollamos nuestra vida. ¿Hay un conflicto entre lo que necesitamos para sentir que vivimos bien –con dignidad, enraizadas en el entorno y con las personas que nos rodean– y lo que hacemos día tras día, hora tras hora, año tras año?



## **Extractivismo, precarización y seguridad**

Llamamos extractivismo a la extracción de recursos naturales para su venta o aprovechamiento en los procesos de producción. Es un término asociado a la minería, pero el ritmo, cada vez más acelerado, de la explotación de recursos hace que hoy se use para recalcar cómo esta característica se ha exacerbado en el capitalismo contemporáneo. La lógica depredadora de las grandes industrias mineras o las plantaciones agrícolas de monocultivo se aplica también en la ciudad. Ahí convive la especulación inmobiliaria con la falta de vivienda para amplias capas de la población, que son empujadas a zonas urbanas degradadas, donde se amontonan las viviendas precarias. Se sacrifican los espacios verdes, los equipamientos y los espacios públicos en aras del crecimiento de las ciudades y del aprovechamiento económico. Es lo que denominamos la mercantilización de la ciudad.



En el sur global es imposible pensar en ciudades vivibles, sin abordar las violencias estructurales de la marginación, la pobreza y el racismo, junto con las violencias estatales y sociales. Todas ellas conforman las tramas cotidianas de cualquier barrio y convocan a la segurización de la vida. Vivimos rodeados de rejas, guardias de seguridad y cámaras de vigilancia, en ciudades de miedo.

En el norte global, la situación no es tan crítica, pero el miedo también se está imponiendo, junto al extractivismo. Uno de los ejemplos más claros de extractivismo urbano es una ciudad como Barcelona, en Catalunya. Ahí, el impulso de la economía a través del turismo y de grandes multinacionales ha generado un proceso de gentrificación, que expulsa a sus habitantes de sus casas y barrios. Es mucho más rentable alquilar un piso a turistas o a personas que vienen por un tiempo acotado a trabajar a la ciudad. La gente es expulsada del centro a los barrios de Barcelona, y luego a la periferia. A su vez, quien vive en esta periferia es expulsada a las ciudades concomitantes por el incremento de la demanda y de

los precios, y así, en una cadena sin final que nos recuerda al movimiento de las olas cuando tiras una piedra.

Crecen en habitantes, se degradan como trama urbana: la precarización cada vez mayor del trabajo asalariado y la falta de coberturas sociales básicas provoca una permanente circulación de personas. Esta inestabilidad hace que las tramas relacionales de los barrios se desmonten. Ya no conocemos al vecindario, no podemos entablar relaciones, vivimos hacia dentro de la casa, o hacia afuera, en las redes sociales. No construimos conjuntamente el presente y el futuro de la comunidad. No nos reconocemos en la otra persona, que se convierte en una otredad que nos asusta.

En los comienzos de este siglo, el politólogo alemán-chileno Norbert Lechner describió una sociedad cruzada por tres poderosos miedos: el miedo al otro, el miedo a la exclusión económica y social, y el miedo al sin sentido, a raíz de un proceso social que parece estar fuera de control. El “otro” representa una amenaza, en un contexto de relaciones profundamente agresivas determi-

nadas por la competencia, establecida como pauta de supervivencia de la vida diaria. En palabras de Lechner, “los miedos son fuerzas peligrosas. Pueden provocar reacciones agresivas, rabia y odios que terminan por corroer la sociabilidad cotidiana”. Como explica el informe *Las paradojas de la modernización* del PNUD, “se trata de tres temores que remiten a las coordenadas básicas del hecho social: la confianza en las otras, el sentido de pertenencia y las certidumbres que ordenan el mundo de la vida cotidiana”. Las mujeres, las disidencias y los cuerpos racializados, saben mejor que nadie cómo esos miedos impactan y se expresan en las relaciones afectivas, personales y sociales.

Los índices de femicidio son expresiones elocuentes y dolorosas de la crisis en el orden de las relaciones de género y la cultura patriarcal. Esta sociedad del miedo encaja con la individuación y el debilitamiento de los vínculos sociales. Isabell Lorey, en *Estado de inseguridad*, señala que para comprender el momento presente es necesario entender la precariedad. “La precarización significa más que puestos de trabajo inseguros, más que una cobertura social insuficiente dependiente del trabajo asalariado. En tanto que incertidumbre y exposición al peligro, abarca la totalidad de la existencia, los cuerpos, los modos de subjetivación. Es amenaza y constricción, al mismo tiempo que abre nuevas posibilidades de vida y trabajo. La precarización significa vivir con lo imprevisible, con la contingencia”.

Aun así, de la precarización de la vida surgen nuevas formas de resistencia y acción política. Las disputas sobre el territorio generan y fortalecen, sin embargo, los movimientos sociales, urbanos y eco territoriales, en oposición a estas dinámicas mercantilistas y privatizadoras. Pese a las dinámicas de despojo capitalista, se profundiza la organización y acción colectiva, en las formas de resistencia y re-existencia que crean alternativas en los territorios. La precarización de la vida incide en las formas de organización de los barrios populares, propiciando una economía de supervivencia y la solidaridad popular en los sectores populares urbanos.





## ¿Qué es una ciudad vivible?

No solo es posible vivir de otras formas, sino que, además, es necesario: o cambiamos el centro en el conflicto capital-vida, o nos acabamos. No hay capitalismo verde ni amable capaz de sobrevivir ante la escasez de recursos naturales y los límites de crecimiento. Poner la sostenibilidad de la vida (el buen vivir) en el centro cambia toda la perspectiva, y, confronta el capitalismo global, depredador y acelerado.

Desde hace décadas numerosas personas, en colectivos, universidades o barrios, trabajan en torno a lo que es o debería ser una ciudad vivible. En los colectivos, en las universidades, en los barrios, múltiples personas trabajan para repensar y reconstruir la ciudad. El proyecto Ciutats Vivibles de Entrepobles es un ejemplo. ¿Qué entendemos por ciudad vivible? Una ciudad cuidadora que nos permite sentirnos seguras para vivir, relacionarnos, crecer y desarrollarnos como seres vivos, autónomos, es decir, interdependientes y corresponsables con el entorno y las personas, con salud, en igualdad y libres de violencia. Una ciudad donde además se acoge, reconoce y promueve la capacidad de agencia de las personas.



Así dicho, suena bien, pero abstracto y quizás utópico. Sin embargo, hay múltiples experiencias que hacen más vivibles nuestras ciudades: desde políticas públicas hasta propuestas de asociaciones barriales, de colectivos de urbanistas o de grupos informales. Todas comparten una serie de aspectos clave: apoyo mutuo, creación y sostenimiento de lazos entre las personas; corresponsabilidad en la construcción de lo público y lo común, pero también en el sostenimiento de lo personal; trabajo desde la diferencia y la diversidad; reconocer las estructuras de poder y privilegio en los grupos sociales para desmontar inequidades; asumir la vulnerabilidad, la interdependencia y la ecoddependencia, así como la atención a los ciclos de vida.

¿Qué podemos hacer para vivir en ciudades menos violentas y convivir desde la diversidad? ¿Qué políticas públicas hay que desarrollar para que las ciudades sean habitables? ¿Qué prácticas sociales contribuyen a fortalecer un paradigma de cuidado colectivo? No hay una respuesta fácil. Sin embargo, diferentes perspectivas insisten en que fortalecer las comunidades locales,

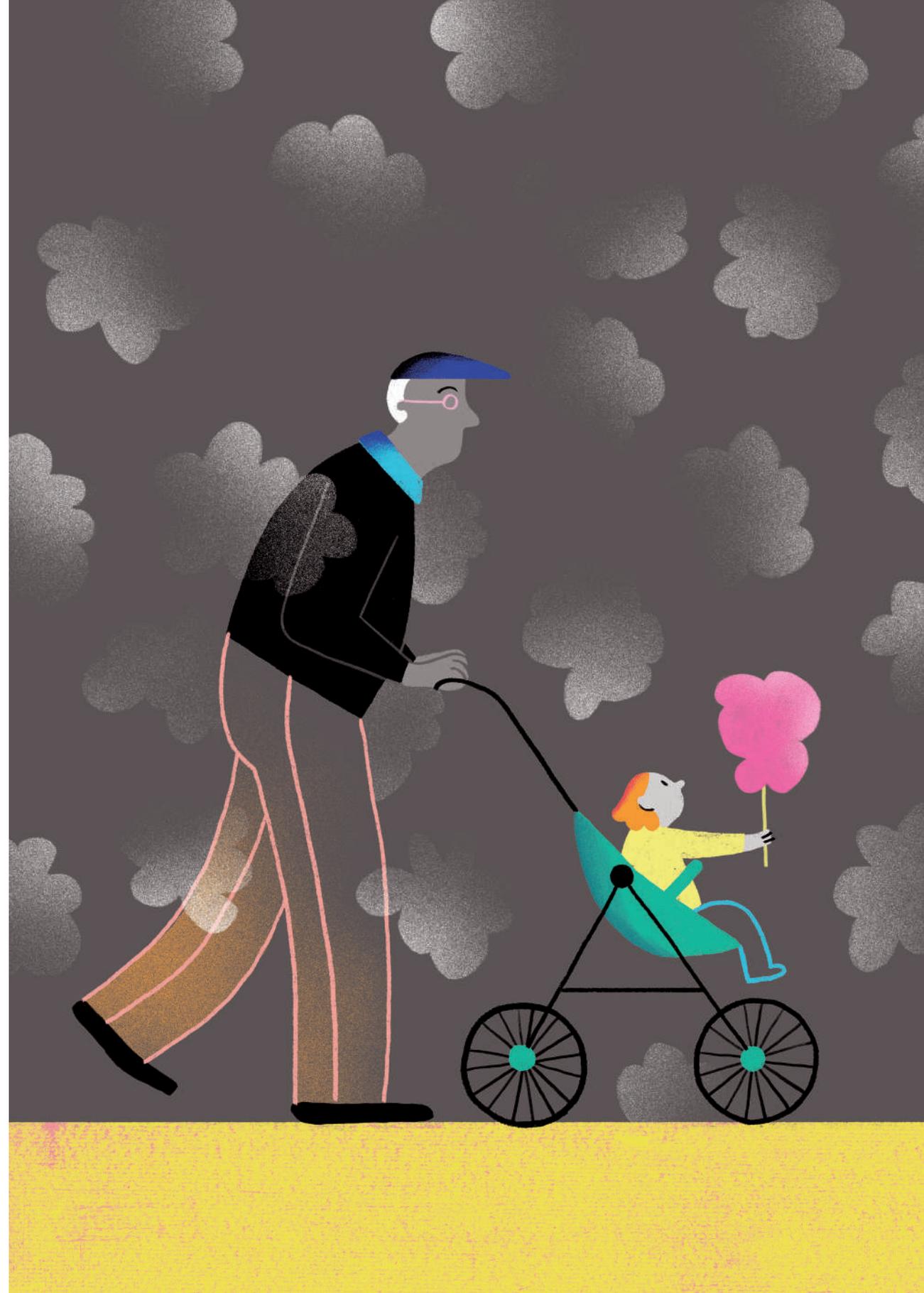
los espacios de encuentro y de sociabilidad es un eje clave para desarrollar alternativas.

El feminismo ha colocado en el debate público los cuidados como paradigma. Aun en toda su pluralidad de perspectivas, comparte como premisa central, que cuidar es una responsabilidad social, comunitaria y colectiva. La vulnerabilidad forma parte de la vida de todas las personas y, por lo tanto, necesitamos asumir los cuidados como un eje central del sostenimiento de la vida humana y no humana. Visualizar ese vínculo es una tarea urgente, no solo para poner en evidencia la utilización del trabajo gratuito de las mujeres, sino para revalorizar los cuidados, como paradigma para vivir mejor y regenerar los daños ecológicos del planeta. Se trata de llevar los cuidados y la reproducción de la vida a amplios sectores de la sociedad, en las organizaciones sociales, sindicatos, cooperativas y barrios, impulsando simultáneamente una nueva dimensión de la protección social de los Estados como política pública. Las ciudades y sus barrios pueden convertirse en un terreno fértil para estas transformaciones, generando redes de intercambios y servicios.

Las miradas sobre el territorio y el urbanismo, así como los aportes de la economía feminista, han visibilizado la crisis de los cuidados. Han colocado en la agenda pública el derecho al cuidado y las estrategias comunitarias para abordarlo. “Ciudades que cuidan”, “ciudades cuidadoras”, “políticas de cuidado” son algunas de las iniciativas que, desde diferentes perspectivas teóricas, intentan dar respuesta al deterioro de la vida cotidiana, a la fragmentación social, a las expulsiones económicas, climáticas o de otro tipo. Cada una de estas iniciativas contribuye a colocar la reproducción de la vida en el centro y a la interseccionalidad entre economía, urbanismo y participación ciudadana. También, definen ejes para pensar las políticas desde las personas, sus necesidades y desafíos. Es necesario rescatar y potenciar los procesos comunitarios que dan respuesta a necesidades urgentes no atendidas por el Estado, y además promueven una cultura de relaciones sociales más cooperativas. Sin embargo, pasar del cuidado entre las personas para garantizar la supervivencia a una cultura de cuidado que incluya el territorio y la naturaleza es un desafío complejo. Requiere una acción discursiva y política que visibilice la ecoddependencia y coloque los problemas ambientales como ámbito de acción colectiva.

Las ciudades son un medio hostil para las actividades que no se vinculan a lo productivo. Usar un servicio, beber agua limpia sin pagar, respirar aire no contaminado, divertirse sin consumir o pasar sin mojarse un día de lluvia constituyen grandes hazañas en la ciudad actual. Muchos municipios y alcaldías han comenzado a ensayar nuevos enfoques de política pública territorial y se han generado redes de intercambio para afianzar el paradigma de los cuidados. Las ciudades que cuidan se orientan a romper la dicotomía público-privado, revalorizan los espacios a través de variables urbanas capaces de generar sociabilidad y encuentro, autonomía y participación social; estas apuestan por espacios físicos urbanos que propicien la corresponsabilidad social de los cuidados.

Las agendas de los gobiernos locales —enclaves estratégicos para desarrollar políticas de cercanía y promover la participación ciuda-



dana— se abren cada vez más a incluir planes y acciones que contemplen los cuidados como foco estratégico. Las instituciones públicas, como las intendencias y los municipios, tienen un rol central en la construcción de una ciudad que cuide a todas las personas.

En este sentido, cuando se habla de cuidados en la ciudad, debemos pensar en las infraestructuras para la vida cotidiana. Estas tienen que ver con la transitabilidad y accesibilidad, la seguridad, la atmósfera, una menor contaminación, espacios verdes, acceso y cercanía a los servicios de salud, la educación, el apoyo a pequeños comercios de cercanía, el equipamiento urbano para las necesidades de descanso, o el ocio y recreación, entre otros. Los cuidados promovidos y desarrollados desde las políticas locales permiten contribuir al desarrollo de experiencias de cooperación colectiva, desfamiliarizar y despatriarcalizar la reproducción de la vida, y asumir el desafío de articular el cuidado entre las personas y la naturaleza. Las propuestas feministas sobre la ciudad combinan las variables físicas —como el espacio público y de relación, el equipamiento urbano y los servicios, la movilidad y la vivienda— con dimensiones transversales como la participación y la seguridad. La articulación de estas dimensiones reorienta la planificación y el diseño urbano para colocar a las personas y sus diversidades en el centro.

Si pensamos en nuestras vidas, encontraremos momentos, situaciones o actividades que tienen que ver con “poner la vida en el centro”, que desplazan las necesidades y ritmos de la lógica del capital. Encontraremos que no siempre nos movemos por la lógica de lo instrumental, persiguiendo objetivos y fines. Por ejemplo:

- Cuando recuperamos las calles para “tomar el fresco” en las puertas de las casas, se confrontan las ordenanzas que regulan el uso del espacio público, si las hay; se permite a la infancia jugar en la calle; y se garantiza un entorno más seguro para toda la comunidad. Las calles con vida son calles más seguras.

- Cuando organizamos comidas populares los domingos en la calle, facilitamos que el vecindario se conozca, y se reduce el delito y las peleas, simplemente, a través de la relación.
- Cuando recuperamos con las vecinas un pequeño solar abandonado para reconvertir un lugar de suciedad y violencia en un sitio de encuentro.
- Cuando nos hacemos socias de una comunidad energética y ponemos placas solares en nuestros techos para ganar soberanía energética.
- Cuando nos reunimos personas en época de crianza o de atención a personas dependientes para hacer turnos de cuidados que nos permitan descansar de vez en cuando.
- Cuando entramos en un grupo de mensajería para intercambiar ropa, objetos y servicios.
- Cuando organizamos un grupo de mujeres para avisarnos, cuando vamos solas por la calle y nos sentimos en peligro, para que alguien acuda en nuestra ayuda.
- O, simplemente, cuando le llevamos la compra cada semana a una vecina muy mayor, saludamos a la tendera y “perdemos el tiempo” mirando a la gente pasar.
- Quizás somos personas jóvenes y montamos un local de ensayo y conciertos en el pueblo; o somos personas mayores y recuperamos un local para crear un centro comunitario donde la gente charla, hace actividades o juega a las cartas.

Hay muchísimas iniciativas y experiencias alrededor del mundo que surgen de vecindarios, grupos o asociaciones; también algunas que vienen de lo público. Todas ellas, construyen una ciudad más vivible: actúan sobre lo existente, lo transforman, se lo apropian, lo renuevan, haciendo que la tensión capital-vida tenga más posibilidades de andar hacia una transición ecosocial que ponga el foco en la (buena) vida.



## Vivir en relación

Las sociedades humanas se han construido a base de relaciones: de cuidados, de competencia, de jerarquía, de extracción de recursos, de poder, de amistad. Pero, aunque la relación es la forma básica de mediación con el mundo, de estar en él, pocas veces se pone en el centro de las prioridades políticas, sociales o económicas. Casi nunca se la considera una forma política en sí misma.

La lógica del capital ha impuesto una visión competitiva e individualista de personas y sociedades. Es una visión occidental, que nos concibe como seres libres e independientes, que luchan entre sí para sobrevivir, y compiten por unos recursos escasos. Como si vivir fuera una carrera individual de obstáculos en la que es “natural” poner trabas, y quien llegue antes (¿a dónde?) gana el premio gordo.

En el mundo capitalista, es en los cuidados de lo común, donde se han desplegado otra serie de valores, vinculados a la relación como elemento central que sostiene nuestras vidas. Es decir: el conflicto capital-vida se ha desarrollado de la mano del patriarcado, situando en el centro los intereses del capital, pero ha mantenido de forma subsidiaria, subterránea y no valorada socialmente todo un entramado de vínculos, valores y formas de hacer, que son absolutamente necesarios para mantener la vida humana. Un entramado en gran medida asociado a lo femenino, aunque no necesariamente a las mujeres.

Por eso, desde buena parte de los feminismos decimos que la relación es la forma esencial de la política. Que esta no es solamente aquello que se hace desde los partidos, las instituciones o los gobiernos, sino que es, sobre todo, el desarrollo relacional en la cotidianeidad. La construcción permanente y continua de espacios de encuentro o de desencuentro; la generación de alternativas, pero también el refuerzo de los sistemas de poder y privilegio; la dedicación de tiempo a cuidar nuestros vínculos o la atomización de nuestras vidas individuales; la mediación cuando hay conflictos, la restauración del daño o las alianzas entre colectivos, pero también el punitivismo.

Si queremos construir ciudades vivibles para todas, tendremos que pensar en esa construcción y gestión de lo común, por lo que es indispensable generar espacios y tiempos para que pueda tener lugar. Habrá que cultivar, por ejemplo, el diálogo entre diferentes personas. Nuestras palabras, gestos, acciones y visiones del mundo se confrontan, interactúan, mezclan, separan, transforman en y desde la relación con “la otredad”, desde el reconocimiento de la alteridad. Nuestra interacción con el mundo actúa en nosotras y sobre el entorno, y tiene la posibilidad de “crear” algo nuevo, en la medida en que cada persona es un ser único en su relación con las demás.

Vivir, relacionarse, supone también conflicto, y no lo podemos obviar; al contrario, es importante abordarlo. Esto se aplica a las



relaciones entre personas, comunidades, gobiernos. Conflictos para llegar a acuerdos, para aceptar diferencias, para convivir. Tratar el conflicto desde ese “vivir en relación” permite poner en el foco la generación de consensos a partir de los disensos para construir en común, reconocer las diferentes capacidades de agencia, desmontar privilegios y, por lo tanto, buscar caminos de forma corresponsable.

## **De las islas a los archipiélagos**

En todos los territorios existen experiencias de acción colectiva, ejemplos de otras formas de habitar y estar juntas. Conectar, dialogar y potenciar estas experiencias puede ser una de las tareas a emprender, puesto que es en la relación y el diálogo donde podemos alimentar, construir y desarrollar “embriones de mundos”.

Las alianzas entre las diversas formas de vida precarias, pobres, racializadas, mujeres, queer, transgénero y no binarias, en situación de discapacidad, migrantes, son posibles. ¿Qué prácticas políticas debemos poner en juego para facilitar esa alianza de resistencias?

Necesitamos, cada vez más, espacios de confluencias plurales, capaces de acoger múltiples sensibilidades políticas que les den sentido a las prácticas de subversión de los modelos hegemónicos. Necesitamos, también, abrir espacios de diálogos cuidadosos que desarmen la violencia estructural e intolerante. ¿Podrán generarse diálogos y escuchas que inauguren un nuevo tiempo político, en medio de la diversidad de sensibilidades, cuerpos y opresiones? Tendremos que aprender a “desatar nudos”, como dice Marta Pascual en el epílogo de Ausencias y extravíos, el hermoso libro de Yayo Herrero. Desatar nudos para reanudar experiencias de habitar colectivo en los espacios dañados y agredidos, silenciando el odio y la muerte, y contando historias de vida con otros relatos. Los diálogos norte-sur permiten desmontar hegemonías culturales, ponernos en cuestión, repensar nuestros horizontes y volver a nuestras comunidades, a nuestro entorno, a nuestra ciudad. Continuar trabajando para que sean, poco a poco, cada vez más vivibles.



## UN PROYECTO DE ENTREPUEBLOS

Calle Blanco, 73 1<sup>o</sup> - 08028 Barcelona  
educacion@entrepueblos.org

**Texto.** Lilián Celiberti y Betlem C. Bel

**Edición.** Pandora Mirabilia

**Ilustración.** Emma Gascó

**Maquetación.** Syntagmas

**Corrección y traducción al catalán.** Cooperativa Aula d'Idiomes

**Coordinación Entrepueblos:** Kenia Castaldo Oliva

**Editorial y ecoedición.** Pol.len Edicions

**Depósito legal.** B 18727-2023

**Licencia.** Esta obra se distribuye bajo una licencia Creative Commons



Con la colaboración de



L'Ajuntament de Barcelona y la Agència Catalana de Cooperació al Desenvolupament (ACCD) no se hacen responsables de las opiniones versadas durante el relato, de las que son titulares las autoras de este texto de acuerdo a su libertad de expresión, pensamiento y su ejercicio con pleno respecto hacia los derechos humanos, los DESCA, la no discriminación y la igualdad.

Escanea este código  
para obtener  
más información  
y consultar la  
bibliografía utilizada

